

Para escuchar el audio
pulsa aquí

NAPOLEÓN Y TRAGABUCHES

Napoleón: Me llamo Napoleón, pero yo soy un caballo, francés, sí, percherón normando para más señas. Me estaba refrescando en el Guadalevín mientras esperaba a mi amigo Tragabuches.

“¿Pero qué haces, qué haces?”, me chilló Tragabuches²⁷ desde la otra orilla. ¿Cómo que qué hago?, le contesté. ¿No lo ves? ¡Bañarme! “Tú estás fatal, con el frío que hace. ¡Y el agua helada!” Hay que bañarse todo el año, le dije metido en el río.

“¡Bañarse, dice! ¿Pa qué?” ¿Tú nunca te bañas?, le pregunté. “Yo no”, contestó. “Yo soy contrabandista desde que me levanto hasta que me acuesto”.

Baldomero: ¡Ese es mi primo!

Pásame la almohaza por la grupa, le pedí. Si te lavas no enfermas, le aseguré. “Pues precisamente yo un día me lavé y pillé un resfriado de aúpa. ¡Nunca más!, me dije. Y hasta hoy”, contestó. A la vez que Tragabuches me pasaba el cepillo, repasaba mis cicatrices: “Batalla de las Pirámides”, señalaba en la grupa; “Copenhague”, en el flanco izquierdo, “Trafalgar”, y me acariciaba la testuz, “Almonacid”, en la mano derecha...

A mi yegua no le gusta que huela a estiércol, le gusta que huela a heno de Pravia. “¡Oye, que yo no huelo a estiércol!”, me dijo tirándome de la oreja. No, eso no. Solo a pollino, le contesté.

Bueno, vámonos, le dije. Tragabuches subió de un salto a su montura desnuda, donde había colocado una manta de Grazalema y con otra se cubrió el hombro. Fue liando un cigarro hasta la gruta de los estupores. La entrada de la cueva parecía arder por los colores vivos del atardecer. Allí nos metimos y cuando salimos de la gruta, directos a la Alameda, la luna había sustituido ya al sol en el cielo estrellado. Al pasar por la trasera del casino, escuchamos un tumulto y un barullo de risas y gritos: “El Polifemo de 3 ojos”, decía uno. “El de los múltiples ojos”, sugería otro. “El de los perennes ojos de par en par”, ahí risotadas. “El de la cárcel esplendorosa” (“que tú la veah”, le dijo Tragabuches a la ventana, mientras echaba una bocanada de humo); “El de los vuelos de aves animosas...”

¿Qué hacen?, le pregunté yo. “Buscan un nombre para el puente nuevo”, me contestó haciendo un gesto despectivo. Tiró la colilla al suelo.

Noble: oh Ronda alta y honda, rotunda, profunda, redonda y alta.

Baldomero: prffffff

Cruzamos el puente nuevo sin nombre y bajamos hasta el arco de Felipe V. Ahí nuestros caminos se separaron. “Adiós, Napoleón”, se despidió dándome unas palmadas en los cuartos traseros.

A la entrada del cuartel, junto a las caballerizas fumaban el mariscal Soult²⁸ y el general de brigada. “Por fin abandonamos este avispero encorajinado”, comentó el mariscal. “No saben lo que les espera, la sorpresa que se van a llevar con la traca final. Ya lo celebraremos en Antequera”. “Con los vinos de Málaga, mi mariscal”, repuso el general. “Lo único bueno que nos llevamos de estas tierras”, comentó el mariscal. “Y el aceite”, añadió el general. “Hmm”, asintió el mariscal. “...Y el jamón”. “Sí, bueno”, añadió el mariscal. “Y el queso payoyo, y la mistela de Arriate, y...”. “Sí, sí, sí”, asintió con desgana el mariscal. “Pero, sobre todo”, continuó el

²⁷ Torero gitano que al final de su vida se hizo bandolero. <https://es.wikipedia.org/wiki/Tragabuches>

²⁸ Jean-de-Dieu Soult dirigió las tropas napoleónicas durante la Guerra de la Independencia española. https://es.wikipedia.org/wiki/Jean-de-Dieu_Soult

general, “sobre todo, mi mariscal, el cariño y el arte de sus féminas, eso... No lo olvidaremos jamás”. “Oui, oui, oui”, zanjó el mariscal.

Razón no le faltaba. Desde que se decidió la retirada de Ronda, la desesperación de perder a mi querida yegua Estrella Rondeña era cada vez mayor. Llevaba días sin dormir, dando vueltas alrededor de mí mismo, coceando el suelo sin parar. Como razón tampoco le faltaba a Tragabuches. Ya había tenido bastantes batallas en mi cuerpo. Vivir sin batallar, sí señor.

De manera que, aquella madrugada en que mis compatriotas abandonaban Ronda por la carretera de Campillos, yo decidí desertar, fui a buscar a mi yegua Estrella Rondeña, la dejé al cuidado de Tragabuches, y esperé a que dieran las cinco de la mañana.

Los últimos que se incorporaban a los carruajes eran los minadores. Yo sabía dónde tenían que colocar la mecha retardada de dos bombas: una en el castillo y otra en el barrio de San Francisco.

Salí de mi gruta y fui corriendo a la entrada lateral del castillo. Bajé hasta las bodegas y allí, entre dos tinajas, descubrí la mecha que estaba a punto de hacer explotar la bomba. Seguí el recorrido del cable unos metros y me llevó hasta un bulto escondido dentro de una de las tinajas. Me puse a dar golpes con la pezuñas, zapatazos imitando a Francisco Ruiz, el Jerezano. La mecha soltó una pequeña humareda pestilente y se apagó. Pero justo antes de que se extinguiera la mecha que hubiera hecho volar en pedazos el castillo (y yo con él, claro), se oyó un estruendo que hizo retumbar los arcos de la bodega. Cuando salí, vi una pequeña columna de humo blanco por la ermita de la Virgen de la Cabeza.

Los guardias me apresaron, pensando que yo era el responsable de las explosiones, pero luego se dieron cuenta de que yo había evitado que muriera la mayoría de la población de Ronda y la gente vino a darme zanahorias y frutas y palmaditas en la grupa por toda la calle Armiñán hasta la plaza de España.

El ayuntamiento escribió al rey contándole la proeza que había hecho, a pesar de ser un percherón francés y enemigo en esa guerra. El rey me premió con veinticinco monedas de oro que debía ir a recoger a la Comandancia de Marina de Cádiz.

Pasé a despedirme de mi querida yegua Estrella Rondeña y la dejé al cuidado de Nena, la mujer de Tragabuches. Mi Estrella también había decidido huir de su casa, por si la tomaban por una traidora al enamorarse de un “franchute”.

Diez días tardé en tomar el camino de vuelta. Iba feliz con mi premio y un anillo de pedida que le había comprado a mi yegüita amada. Estaba imaginando lo que iba a hacer con el resto del dinero (una cabañita en el bosque forrada de musgo para no mojarnos, una cama del heno más fresco de la comarca...) cuando, de repente, en un repecho de la garganta de la Saucedá, mientras bebía del riachuelo, veo un trabuco a la altura de mi ojo izquierdo.

“Como te muevas, no la cuentas”, me dice el jefe de los contrabandistas encañonándome mientras suelta las cinchas y deja caer las alforjas sobre el suelo. “Vamos a ver qué nos has traído”, comenta mientras empieza a deshacer atillos. “La mojama te la puedes quedar, y la mermelada de naranja también. El Pedro Ximenez me lo llevo, está claro”.

Napoleón: Déjame que te explique, le insistía yo. “Mulo francés, aquí no hay na que explicar. Achanta la mui que estoy trabajando”, me dijo. Sus compinches le rieron la ocurrencia. Cuando llegó a la bolsa de cuero con el dinero, se le cambió la cara. La tomó en la mano, agitándola para sentir el peso y escuchar ese delicioso tintineo del oro. Cuando vio el brillo dorado de las monedas, se la guardó rápidamente en la camisa, pues los demás se estaban acercando a mirar. “Ahí os dejo el resto”, les dijo, señalando lo que quedaba desparramado por el suelo.

Napoleón: Déjame al menos el anillo de pedida, le supliqué. ¡El abanico de nácar, si no! ¿Qué le digo yo ahora a mi yegua?

“Jajajaja”, se carcajeó el jefe y los demás lo imitaron. “Contento con que te deje la vida. ¡Arre, arre!”, espoleó la montura y se fueron todos en medio de una nube de polvo. “¡Dile que venga a buscarlo!”, gritó.

Aún podía escuchar sus carcajadas mientras recogía las alforjas del suelo. Mi desesperación no tenía fin. Eres un cobarde, me decía. Te tenías que haber defendido. Pero es que eran cuatro, me repetía en mi descargo. Los contrabandistas son peligrosos y te meten una bala entre ceja y ceja en lo que canta un gallo.

Cuando llegué a la guarida de Tragabuches aquella noche, nadie pudo consolarme. Por mucho que me repitiera mi Estrella Rondeña que con la intención basta, que ella no quiere regalos, que lo mejor es que estuviera vivo, etc. en cuanto me acordaba de las monedas de oro, el corazón se me aceleraba y empezaba a dar coces contra la pared.

“Tranquilo, esto lo arreglo yo”, sentenció Tragabuches al amanecer. A mediodía regresó con el jefe de la banda atado de pies y manos sobre la grupa de su mulo. “Es tan tonto que se ha jugado todo el dinero y lo ha perdido”, me dijo. Lo dejó colgado boca abajo sobre el mulo. “El dinero lo he dejado, lo habían ganado, no podía hacer nada”, se lamentó Tragabuches. “Pero ahora mismo mando a Nena con Estrella a que se vayan a hacer el ajuar”.

Y así fue. Mi yegua Estrella Rondeña con Nena a las riendas y una escopeta que le atravesaba la espalda siguieron al contrabandista sobre el mulo que les indicó el camino hasta su madriguera. Allí, en lo profundo de una gruta, aparecía el tesoro de Alí Babá y los cuarenta ladrones. Eligieron alfombras, manteles, cortinas, telas de raso, hilos de todos los colores, lana merina, jarras, jarrones, búcaros de barro, un juego completo de loza blanca para seis, una cubertería de plata, unos candelabros dorados, un tapiz con una escena de dama con unicornio y un juego de salero y pimentero que decían que había pertenecido al mismísimo duque de Wellington. Así de cargado llegó el mulo a casa. Y allí lo dejaron al contrabandista, como un paquete enrollado para que lo desataran y le dieran un poco de agua. Un tiempo después, ya casados y bien instalados en la sierra en nuestra acogedora cabañita con cortinas, llegó un despacho de la alcaldesa de Ronda. Se había enterado del atraco y había decidido darme un puesto en el resguardo de rentas reales para vigilar a los ladrones, contrabandistas y delincuentes de la Serranía, desde Gibraltar hasta el Hoyo del Bote.

Noble: Bien está lo que bien acaba.

Baldomero: Oye, y ¿qué nombre le pusieron al puente nuevo?